

MUERTE Y VIDA DE LAS GRANDES CIUDADES

Madrid: Ediciones Península, 1973

Jane Jacobs

Usos de las aceras: seguridad

Las calles de las ciudades sirven para muchas cosas aparte de soportar el paso de vehículos; y las aceras de las ciudades - parte de las calles destinada a las peatones - tienen muchos otros usos además de soportar el caminar de los peatones. Estos usos están en estrecha relación con la circulación, pero no se identifican con ésta, y en rigor son por lo menos tan importantes como la circulación para el buen funcionamiento de las ciudades.

En sí misma, una acera urbana no es nada. Es una abstracción. Sólo tiene significado en relación con los edificios y otros servicios anejos a ella o anejos a otras aceras próximas. Lo mismo podríamos decir de las calles, en el sentido de que sirven para algo más que para soportar el tráfico rodado. Las calles y sus aceras son los principales lugares públicos de una ciudad, sus órganos más vitales. ¿Qué es lo primero que nos viene a la mente al pensar en una ciudad? Sus calles. Cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece interés; cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste.

Y más todavía - y con esto topamos con el primer problema -, si las calles de una ciudad están a salvo de la barbarie y el temor, la ciudad está más o menos tolerablemente a salvo de la barbarie y el temor. Cuando la gente dice que una ciudad o que una parte de la misma es peligrosa o una jungla, quiere decir principalmente que no se siente segura en sus aceras.

Pero las aceras y quienes las usan no son beneficiarios pasivos de seguridad o víctimas sin esperanza de un peligro. Las aceras (la utilidad que prestan) y sus usuarios son partícipes activos en el drama de la civilización contra la barbarie que se desarrolla en las ciudades. Mantener la seguridad de la ciudad es tarea principal de las calles y aceras de una ciudad.

Es una tarea totalmente diferente a los servicios que están llamadas a prestar las aceras y calles de las ciudades pequeñas o de los suburbios residenciales. Las grandes capitales no son sólo ciudades muy grandes; tampoco son arrabales muy densos. Se diferencian de las ciudades y de los arrabales en aspectos esenciales, uno de los cuales es que las ciudades están, por definición, llenas de personas extrañas. Todo el mundo sabe que en las grandes capitales hay más

personas extrañas que conocidas. Y extraños no son solamente quienes van a los mismos lugares públicos, sino más aún los que viven en las otras viviendas del mismo piso. Incluso las personas que vivan muy próximas entre sí se desconocen, y así tiene que ser en razón de la gran cantidad de gente que vive dentro de reducidos límites geográficos.

La condición indispensable para que podamos hablar de un distrito urbano como es debido es que cualquier persona pueda sentirse personalmente segura en la calle en medio de todos esos desconocidos. Es absolutamente necesario que no tenga inmediatamente la impresión de que está amenazada por ellos. Un distrito urbano que fracase en este punto irá mal en todos los demás y será una fuente inagotable de dificultades para sí mismo y para toda la ciudad.

Hoy, la barbarie se ha apoderado de muchas calles, o al menos así lo supone y teme el ciudadano corriente, que en definitiva viene a ser lo mismo. «Vivo en una área residencial tranquila y muy bonita», dice un amigo mío que anda buscando afanosamente otro sitio donde vivir. «Lo único molesto por la noche es algún que otro grito ocasional de alguien a quien están sobando.» En las calles de una capital no suelen tener lugar incidentes violentos que provoquen el miedo de los ciudadanos en general. Pero en caso contrario, éstos prefieren no utilizarlas en lo posible, lo cual las hace aún más inseguras.

También es verdad que existen personas con muchos pájaros en la cabeza, y que este tipo de individuos no se sienten seguros nunca, sean cuales fueren las circunstancias objetivas. Pero se trata en este caso de un temor diferente del que sienten esas otras personas normales, prudente, joviales y hasta tolerantes, quienes demuestran su sentido común negándose precisamente a aventurarse en cuanto oscurece por calles en las que corren el riesgo de ser asaltadas sin que nadie se entere y de que los auxilios eventuales lleguen demasiado tarde; y si es de día, estas mismas personas sólo se aventuran por unos lugares muy determinados y no por otros.

La barbarie y la inseguridad real - no imaginaria - que motivan semejantes temores no es una lacra exclusiva de los barrios bajos. En realidad, el problema es mucho más grave en ciertas «áreas tranquilas y residenciales, de aspecto amable y atrayente, como aquella que vivía mi amigo.

Tampoco es un problema que afecte solamente a las partes antiguas de las capitales. La cuestión alcanza sus más grotescas dimensiones en ciertas zonas «reconstruidas», principalmente en grupos de viviendas de renta media. El capitán de policía de un distrito admirado en toda la nación por su atrayente disposición urbanística (admiración que comparten urbanizadores y banqueros) ha advertido recientemente a los vecinos que tengan mucho cuidado con las llamadas a la puerta por la noche, insistiendo en que no deben abrirla si no conocen a la persona que llama. El problema de la inseguridad en las aceras o los descansillos de las casas es igualmente

grave, tanto en las capitales que han hecho grandes esfuerzos de reordenación y reconstrucción como en las que no lo han hecho. La responsabilidad por esta inseguridad urbana no hay que achacarla ni mucho menos a ciertos grupos minoritarios, los pobres o los desarraigados. Hay infinitas variaciones en el grado de civilización y seguridad que presentan estos grupos y las zonas en que viven. Algunas de las aceras más seguras de la Ciudad de Nueva York, por ejemplo, tanto de día como de noche, son precisamente las de los barrios en donde viven esas minorías y personas. Por el contrario, algunas de las más peligrosas son las de ciertas calles ocupadas por los mismos tipos de individuos. Y esto mismo puede decirse de muchas otras ciudades y capitales.

En las motivaciones de la delincuencia y el crimen - tanto en las barriadas periféricas y en las ciudades provincianas como en las grandes capitales - hay sin duda un substracto de profundas y complicadas presiones sociales. En este libro no entraremos a especular sobre estas profundas razones. Es suficiente que digamos, a este respecto, que si queremos conservar una sociedad urbana cualquiera capaz de diagnosticar sus males y de evitarse problemas sociales graves, lo primero que ha de hacerse, en todos los casos, es fortalecer todo tipo de fuerzas capaces de mantener la seguridad y la civilización a niveles aceptables. Construir barrios, ciudades satélite o grupos que son como un traje a la medida para el surgimiento de la criminalidad es algo totalmente estúpido. Y esto es precisamente lo que estamos haciendo.

Lo primero que se ha de comprender, y bien, es que la paz pública - la paz en las calles y en las aceras - de las ciudades no tiene por qué ser garantizada de manera esencial por la policía, por muy necesaria que ésta sea en otros aspectos. Esa paz ha de garantizarla principalmente una densa y casi inconsciente red de controles y reflejos de voluntariedad y buena disposición inscrita en el ánimo de las personas y alimentada constantemente por ellas mismas. En algunas áreas urbanas - bloques viejos de viviendas y calles con un movimiento de población muy intenso - el mantenimiento de la ley y el orden en las aceras corre enteramente por cuenta de la policía y guardias especiales. Estos lugares son auténticas junglas. Ningún contingente de policía puede llevar una pizca de civilización allí donde se ha quebrado la estructura de base que hace posible en sus formas más elementales y normales.

Lo segundo que ha de comprenderse es que el problema de la inseguridad no puede en absoluto resolverse dispersando o desparramando las poblaciones, es decir, troncando las características de una capital por las de las barriadas suburbanas de tipo residencial. Si esta medida fuera verdaderamente una solución, entonces Los Angeles sería una capital segura, porque Los Ángeles es casi por entero un enorme distrito suburbial residencial. No tiene virtualmente ninguna zona de suficiente compacidad como para calificarla de área urbana típica.

Y, sin embargo, Los Angeles no puede - como tampoco puede ninguna otra gran capital - esconder la verdad, es decir, que es una ciudad compuesta de personas que se desconocen entre sí, y no todas ellas son precisamente buenas. Las cifras de criminalidad en Los Angeles son imponentes. De las diecisiete áreas metropolitanas standard con una población superior al millón de personas, Los Angeles es la eminencia suprema en criminalidad, hasta el punto que puede fácilmente constituir por sí misma toda una categoría. Y no se olvide que esta criminalidad hace referencia principalmente a agresiones de tipo personal, esto es, los crímenes que más hacen temer a los ciudadanos el circular por las calles.

Los Angeles, por ejemplo, tiene un índice de raptos y violaciones del 31,9 por cada 100.000 habitantes (cifras de 1958), o sea el doble de las dos ciudades siguientes en la lista. St. Louis y Filadelfia; tres veces más alto que la ciudad de Chicago, con su 10,1 por 100.000, y más de cuatro veces el de Nueva York (el 7,4).

En agresiones graves Los Angeles presenta el índice de 185 por cada 100.000 habitantes, Baltimore el 149,5, St. Louis el 139,2, Nueva York el 90,9 y Chicago el 79.

El índice global de criminalidad grave es en Los Ángeles el 2.507,6 por 100.000 habitantes, a mucha distancia de St. Louis y Houston, con 1.634,5 y 1.541,1 respectivamente; y no digamos de Nueva York y Chicago, con índices del orden de 1.145,3 y 943,5 respectivamente.

Evidentemente, las razones de esta altísima criminalidad son complejas y, en buena parte, muy oscuras todavía. Mas, de una cosa podemos estar seguros: desconcentrar o dispersar las aglomeraciones humanas, desparramarlas sobre una gran extensión no produce necesariamente una mayor seguridad y un menor temor al crimen. Esta misma conclusión es válida también para muchas otras ciudades, donde hay infinidad de barriadas periféricas, pseudo-zonas residenciales, arrabales antiquísimos especialmente aptos todos para la violación, el atraco, la agresión personal, el rapto y otros crímenes por el estilo.

Topamos aquí con una importantísima cuestión concerniente a las calles de una ciudad: ¿qué oportunidades, qué facilidades ofrece para la perpetración de un crimen? Es posible que en una determinada ciudad un cierto número de crímenes se acaben produciendo necesariamente sin que nadie pueda evitarlo, mas yo no lo creo. Pero, que esto sea o no así, lo cierto es que diferentes clases de calles producen formas de barbarie y temor a la barbarie radicalmente diferentes.

Existen también algunas calles que no ofrecen ninguna oportunidad a la barbarie callejera. Las calles del North End de Boston son un dignísimo ejemplo de esto; son probablemente tan seguras como cualquier otro lugar de la tierra en este sentido. Aunque la mayoría de los vecinos del North End son italianos o descendientes de italianos, sus calles son intensamente transitadas por personas de todas las razas y niveles sociales. Allí trabajan algunos individuos «anónimos»

que viven en otros distritos de la ciudad; hay quienes prefieren este barrio para hacer sus compras o para pasear; muchos otros, entre los que contamos a miembros de grupos minoritarios que han heredado distritos peligrosos previamente abandonados por otras personas, tienen a gala hacer efectivos sus cheques en los establecimientos bancarios del North End, realizando después sus compras semanales en las tiendas del barrio, pues saben que no corren el menor riesgo de que les limpien su dinero entre que se lo dan en el banco y lo gastan.

Frank Havey, director de la North End Union, centro de vecinos del lugar, dice: «He vivido en el North End veintiocho años y en todo este tiempo jamás oí un solo caso de violación, atraca, abuso de niños o de otros crímenes de esa clase. Y si los hubiera habido yo lo habría sabido aunque no lo publicasen los periódicos.» Aproximadamente una media docena de veces en el transcurso de las tres últimas décadas, dice Havey, unos sujetos intentaron persuadir a algunos niños o atacaron a una mujer por la noche. En todos estos casos los intentos fueron frustrados por los que pasaban cerca, los mirones de las ventanas o los tenderos.

En el mismo tiempo, en la Elm Hill Avenue, sector de Roxbury, parte de Boston considerada, superficialmente, como zona residencial, los atracos en la calle y el constante temor a otros tipos de agresiones, sin mirones en las ventanas ni atentos tenderos, inducían a las personas prudentes a evitar sus aceras por la noche. Nada tiene de sorprendente que, por estas y otras muchas razones (aburrimiento y falta de vitalidad), la mayoría de Roxbury viva agobiada y entumecida. Con el tiempo, se ha convertido en un lugar bueno para abandonarlo a la primera ocasión.

No deseo con esto singularizar Roxbury y su, en tiempos, encantadora Elm Hill Avenue como una área particularmente vulnerable; su vaciedad y especialmente, su aspecto marchito y aburrido son también evidentes en muchas otras ciudades. Pero son dignas de mención todas estas diferencias en lo concerniente a seguridad pública dentro de una misma ciudad. Los problemas básicos del sector de la Elm Hill Avenue no provienen de que sus moradores constituyan una población criminal o sometida a discriminación o a los rigores de la pobreza. Sus problemas provienen de su absoluta y física incapacidad para funcionar con la seguridad y vitalidad del otro distrito.

Incluso en sectores aparentemente similares de lugares supuestamente semejantes, se dan también rotundas diferencias en lo tocante a seguridad pública. Ilustraremos esta observación refiriendo un incidente ocurrido en Washington Houses, un grupo de viviendas de la ciudad de Nueva York. Unos vecinos del lugar - que se debatía por encontrarse a sí mismo - planearon celebrar una serie de festejos en el exterior, a mediados de diciembre de 1958, para lo cual plantaron tres grandes árboles de Navidad. El más grande de los tres, que planteó engorrosos

problemas de transporte, levantamiento y adorno, quedó instalado finalmente en la «calle» interior del grupo de viviendas, una amplia alameda con paseo. Los otros dos; cada uno de los cuales medía menos de seis pies de alto y cuyo transporte no había creado mayores dificultades, fueron plantados en unas pequeñas franjas de tierra situadas en la esquina exterior del grupo, donde iban a morir una bulliciosa avenida y un cruce de calles de la ciudad vieja. La primera noche robaron el árbol grande con todos sus adornos. Los otros dos resultaron indemnes, con todas sus luces, ornamentos y demás, hasta que los retiraron el día de Año Nuevo. «El sitio en donde robaron el árbol, es teóricamente el más seguro y protegido del grupo de viviendas, y también el más inseguro para la gente, especialmente para los niños», explica un trabajador social que había estado ayudando a los vecinos. «La gente se siente insegura en esa alameda; lo ocurrido con el árbol explica bastante esta actitud. Por otra parte, el sitio donde pusieron los otros dos árboles es justamente la única esquina del grupo donde la gente se siente segura.»

Esto lo sabe ya todo el mundo: una calle muy frecuentada es igualmente una calle segura. Una calle poco concurrida es probablemente una calle insegura. ¿Pero, cuál es el mecanismo de este fenómeno? ¿Y, por qué unas calles son más frecuentadas que otras? ¿Por qué la gente evita en lo posible las aceras de la alameda de Washington Houses, que en principio es sin duda atractiva? ¿Por qué las aceras de la parte vieja de la ciudad, justamente las de la parte Oeste, están siempre llenas de gente? ¿A qué se debe el que una calle esté durante unas horas totalmente abarrotada de público y, de repente, se quede totalmente vacía?

Una calle hecha para vérselas con extraños y que aspire a gozar de un determinado nivel de seguridad, al margen de la presencia de esos extraños - así son siempre las calles de una vecindad que haya sabido solucionar el problema -, ha de reunir estas tres condiciones:

En primer lugar, debe haber una neta demarcación entre lo que es espacio público y lo que es espacio privado. Los espacios públicos y privados no pueden confundirse, como sucede generalmente en los barrios residenciales o en los grupos de viviendas.

Segundo, ha de haber siempre ojos que miren a la calle, ojos pertenecientes a personas a las que podríamos considerar propietarios naturales de la calle. Los edificios de una calle dispuesta para superar la prueba de los extraños y, al mismo tiempo, procurar seguridad a vecinos y extraños, han de estar orientados de cara a la calle. No deben dar su espalda ni los lados ciegos a la calle.

Tercero, la acera ha de tener usuarios casi constantemente, para así añadir más ojos a los que normalmente miran a la calle, y también para inducir a los que viven en las casas a observar la calle en número y ocasiones suficientes. Nadie disfruta sentándose al lado de la ventana a mirar

lo que pasa en una calle vacía. Creo que casi nadie hace una cosa semejante. Pero sí hay muchísima gente que se entretiene contemplando la actividad de una calle, desde una ventana o en la acera.

En aglomeraciones de menores dimensiones y más simples que las grandes capitales parece haber un cierto control implícito sobre el comportamiento del público, subsidiariamente del crimen; este control funciona con mayor o menor éxito a través de toda una compleja red cuyos elementos son por lo general la reputación, el prestigio, la aprobación o desaprobación y la sanción del público; estos elementos son de gran eficacia si los vecinos se conocen y se comunican mediante la palabra. Pero las calles de una capital, que deben controlar no solamente el comportamiento de sus moradores habituales sino también el de los visitantes procedentes de los arrabales, barriadas periféricas y ciudades provinciales, deseosos de tomarse una vacación de sus respectivos prestigios y sanciones morales locales, tienen que funcionar de manera más directa y sin rodeos. Las ciudades que han conseguido resolver satisfactoriamente este difícil problema son una auténtica maravilla.

Es inútil intentar eludir la cuestión de la inseguridad en las calles recurriendo a los patios de recreo interiores y protegidos. Vuelvo a decir que las calles de una capital son las encargadas de soportar el tránsito de las personas extrañas a la vecindad, ya que esos extraños han de pasar necesariamente por ellas. Las calles han de defender la ciudad de elementos extraños depredatorios, pero también han de proteger a los innumerables extraños, pacíficos y bien intencionados, que las utilizan para ir de un sitio a otro.

Y lo que es más, ninguna persona normal está dispuesta a pasarse la vida en un refugio artificial, incluyendo en las personas normales a los niños. Todo el mundo debe usar las calles. En principio, nuestros objetivos a este respecto son bien sencillos: proteger las calles donde el espacio sea inequívocamente público, y no mezclado físicamente con espacios privados ni con cualquier otra cosa, de forma que la zona necesitada de vigilancia tenga unos límites claros y practicables; así mismo, ver la manera de que estas calles y espacios públicos tengan unos ojos que a ser posible los estén mirando continuamente.

Mas no es sencillo realizar estos objetivos, especialmente el último. Nadie puede obligar a la gente a usar calles si no tienen alguna razón para hacerlo. Nadie puede obligar a la gente a mirar a la calle cuando la gente no quiere mirar. Que la seguridad en las calles deba ser asegurada por una vigilancia e inspección mutua suena terrible, pero en la vida real no es así. La seguridad de la calle es mayor y da lugar a menores conflictos de hostilidad o sospecha precisamente allí donde los individuos son menos conscientes, por lo general; de que están observando o

inspeccionando, fenómeno éste que coincide con un bullicioso uso y aún disfrute de las calles de la ciudad.

El requisito básico de esta vigilancia es que haya una buena cantidad de tiendas y otros establecimientos públicos de trecho en trecho, a lo largo de las aceras de un distrito; especialmente, aquellos establecimientos utilizados con preferencia por la tarde y por la noche. Tiendas, bares y restaurantes, por no citar sólo los ejemplos más claros, colaboran de diferentes y complejas maneras en la consecución del objetivo de la seguridad en las aceras.

En primer lugar, son buenas razones para que tanto los vecinos como los extraños usen las aceras en las que están situados esos establecimientos.

En segundo lugar, dichos establecimientos arrastran a otras personas a caminar por aceras donde no hay sitios que atraigan al público particularmente, pero que son frecuentados en tanto que vías de acceso a alguna otra parte; desde el punto de vista geográfico, este fenómeno no tiene mucha repercusión, porque se produce en áreas muy reducidas, razón de más para que este tipo de empresas sea frecuente, a fin de poblar con transeúntes aquellos otros tramos de calle que carecen de establecimientos públicos en las aceras. Y aún más sería conveniente que hubiera muchos tipos de empresas que dieran a la gente razones diversas para entrelazar sus pasos.

Tercero, los tenderos y otros pequeños negociantes son característicamente sólidos defensores de la paz y el orden por interés propio; estas personas odian las ventanas rotas y los asaltos; es comprensible que no les guste nada ver a sus clientes nerviosos e intranquilos por su seguridad. Si son numerosos pueden constituir un excelente cuerpo de vigilantes y guardianes de las aceras de sus calles.

Cuarto, no se ha de perder de vista que las personas que vagan por la calle sin rumbo fijo o las que van a algún sitio concreto a comer o a beber dan lugar a una actividad que en definitiva constituye una atracción para otras personas.

Este último aspecto (que la vista de otras personas tiene la virtud de atraer a más gente), es algo al parecer totalmente incomprensible para los urbanistas y proyectistas. Estos expertos operan sobre la base de que los ciudadanos buscan contemplar lugares vacíos, ordenados y tranquilos. Nada más lejos de la verdad. A todo el mundo le gusta contemplar actividad y a otras personas, hecho este último evidente en todas las ciudades. Este fenómeno alcanza su máxima comicidad en la parte alta de Broadway en Nueva York, allí donde la calle está dividida por una rambla central estrecha, justamente en medio del tránsito. En los cruces de esta larga alameda se han instalado bancos detrás de unos parapetos de hormigón como protección; cualquier día de tiempo medianamente tolerable pueden verse estos bancos totalmente llenos de gente

contemplando a los transeúntes que pasan por la alameda, el tráfico, los peatones que caminan por las aceras y, como no, unos a otros.

Broadway llega hasta la Columbia University por la derecha y al Barnard College por la izquierda. En este lugar todo está en orden y quietud. No hay tiendas ni la actividad a que da lugar las tiendas, casi nunca se ve a ningún peatón y, por consiguiente, tampoco hay nadie mirando. Hay bancos, pero están completamente vacíos incluso aunque haga buen tiempo. Yo me he sentado algunas veces allí para averiguar el motivo. Creo que difícilmente puede haber lugar más aburrido. Hasta los estudiantes de esas instituciones evitan la soledad. Hacen sus pequeños paseos y hacen sus trabajos fuera de los edificios y contemplan el movimiento de la calle desde lo alto de la escalinata frente al cruce más bullicioso del «campus» (recinto universitario). Lo mismo ocurre en muchas otras calles. Una calle agradable tiene siempre usuarios y simples mirones. El año pasado estuve en una calle de éstas, en el Lower East Side de Manhattan, mientras esperaba un autobús. Apenas llevaba un minuto, tiempo insuficiente para tomar conciencia de la actividad de la calle, sus viandantes, niños y ociosos de las ventanas, cuando atrajo mi atención una mujer que abría una ventana situada en el tercer piso del edificio de enfrente y empezó a gritarme. Cuando yo me percaté de que deseaba llamar mi atención y respondí, y ella me gritó: «¡Los sábados no pasa ningún autobús por aquí! Después, alternando los gritos con los gestos me indicó la esquina. Esta mujer era uno de los miles de personas que en Nueva York se preocupan afortunadamente de las calles. En seguida perciben la presencia de un extraño, observan todo lo que sucede y en cuanto han de entrar en acción, orientar correctamente a un extraño o llamar a la policía, lo hacen sin dudar. Para decidirse a actuar en este sentido se requiere normalmente una seguridad y el sentimiento de que la calle es algo perfectamente conocido y como propio, porque sólo así se puede procurar ayuda en caso necesario; sobre estos temas volveremos a hablar más adelante. No obstante, más necesaria que la acción es la observación misma.

No todo el mundo en las mismas circunstancias atiende a lo que ocurre en la calle, y muchos vecinos o empleados de la ciudad no saben o no tienen conciencia de por qué su vecindad es segura. Hace unos días ocurrió un incidente en la calle donde yo vivo, que precisamente me interesó porque hace referencia a este punto.

Debo decir que la manzana de casas en que vivo es pequeña, pero contiene una notable gama de edificios que van desde los inmuebles de tres o cuatro pisos convertidos en apartamentos de alquiler barato con locales para tiendas en los bajos o acondicionados para viviendas de tipo familiar como el nuestro. Al otro lado de la calle había antes varios edificios de ladrillo, la mayoría de cuatro pisos, con tiendas en la parte baja. Pero hace doce años varias

casas, desde la esquina hasta la mitad de la manzana fueron convertidas en un solo inmueble de apartamentos de pequeño tamaño, alquiler alto y con ascensor.

El incidente que me llamó la atención fue una escena, cuyos motivos desconozco, entre un hombre y una niña de ocho o nueve años. Al parecer, el hombre intentaba convencer a la niña para que fuera con él. El individuo lisonjeaba con atenciones a la pequeña para atraerla, o bien asumía un aire de despreocupación. La niña se quedaba rígida, como hacen los niños cuando ofrecen resistencia, contra la pared de uno de los inmuebles del otro lado de la calle.

Mientras, yo observaba desde la ventana de nuestro segundo piso por si era aconsejable intervenir, pero pronto me di cuenta que no iba a ser necesario. De la carnicería situada en la parte baja había salido la dueña; desde donde estaba el hombre podía oírla perfectamente y verla con los brazos cruzados mirándole con fijeza a la cara. Joe Cornacchia, que tiene un establecimiento de golosinas con sus yernos, salió también en aquel momento y se plantó firmemente al otro lado. Varias cabezas se asomaron por las ventanas del inmueble, una de las cuales se retiró rápidamente para reaparecer un segundo después en la puerta de la calle, a espaldas del hombre. Otros dos hombres habían salido del bar próximo a la carnicería acercándose hasta la puerta en espera de acontecimientos. Al otro lado de la calle, o sea donde vivo yo, se podía ver al zapatero, al frutero y al propietario de la lavandería, todos los cuales habían salido de sus tiendas y contemplaban la escena que, al mismo tiempo, era observada desde numerosas ventanas próximas a la misma. Aquel hombre no lo sabía, pero estaba rodeado; nadie permitiría que se llevara a la pequeña, aun cuando nadie hubiera sabido quién era.

Siento profundamente tener que decir que la pequeña resultó ser la hija de aquel hombre.

En todo este drama, que duró unos cinco minutos, no se vio a nadie en las ventanas del edificio de pequeños apartamentos de alquiler alto. Fue el único edificio que no hizo, podríamos decir, acto de presencia. Cuando vinimos a esta vivienda yo solía decir que a lo mejor pronto reconstruían todos los edificios de la calle como habían hecho con aquél. Pero ahora puedo hablar con más conocimiento de causa y considerar con tristeza las noticias recientes según las cuales esa misma transformación está prevista para el resto de la manzana del inmueble de aquí delante. Los inquilinos de estos apartamentos, la mayoría de los cuales son tan transeúntes que ni siquiera podemos recordarles la cara^{*}, no tienen ni la más remota idea de quien cuida su calle, y mucho menos cómo. Una vecindad puede absorber y hasta proteger un importante número de estas aves de paso, como hace la nuestra. Pero si la vecindad, en caso de que así ocurra, se convierte finalmente en lo que son ellos ya, empezarán a darse cuenta de que las calles son

^{*} Según los tenderos, algunos viven a base de legumbres y pan. pero acolan a la busca de otra vivienda cuya tenla no podrán pagar ni con todos sus ingresos.

menos seguras, no sabrán exactamente a qué atenerse y si las cosas empeoran tendrán que trasladarse a otra ciudad misteriosamente más segura.

En algunas vecindades ricas donde este tipo de auto-vigilancia es muy precaria, como la residencial Park Avenue o la superopulenta Quinta Avenida de Nueva York, se alquilan mirones para que hagan el trabajo. Las monótonas aceras de la residencial Park Avenue, por ejemplo, están sorprendentemente poco concurridas; sus posibles usuarios se aglomeran en cambio en las aceras llenas de interesantísimos bares, tiendas y restaurantes de Lexington Avenue y Madison Avenue, en la parte Este y Oeste y en los cruces de otras calles que conducen a las anteriores. Un enjambre de porteros y encargados, recaderas y criadas, una especie de vecindad alquilada, mantiene a la residencial Park Avenue bien equipada de ojos. Por la noche, los porteros siguen en su calidad de baluartes y con esta seguridad hay los perros callejeros sé quienes se aventuran a sacar el pirro, que también tiene sus servidumbres, constituyéndose en observadores suplementarios. Pero esta calle está huérfana de ojos propios, vacía de razones concretas para que alguien la use o la mire en lugar de coger la primera esquina y desaparecer; si los de sus inmuebles bajasen hasta un nivel en el que ya no fuera posible sostener la población. alquilada de porteros y ascensoristas, entonces se acabaría convirtiendo indudablemente en una calle terriblemente peligrosa.

Si una calle está bien equipada para tratar con los extraños y establece una buena y efectiva demarcación entre espacios privados y espacios públicos, y además posee como algo propio una serie de actividades básicas y su correspondiente dotación de ojos, entonces cuantos más extraños haya más divertido.

Los extraños constituyen un apreciable tesoro en la calle donde vivo; por la noche, cuando más necesaria es la seguridad, suelen venir, como quien dice, al trote. Hemos tenido mucha suerte en nuestra calle; además del bar frecuentado por los vecinos y otro que hay en la esquina, tenemos un famoso bar que atrae continuamente bandadas de forasteros de las vecindades próximas e incluso de fuera del barrio. Es famoso porque el poeta Dylan Thomas solía sentarse allí, y además lo mencionaba en sus obras. En verdad, este bar actúa en dos sentidos. Por la mañana, y después de almorzar, es un lugar de reunión de la vieja comunidad de estivadores irlandeses y artesanos que trabajan en esta parte de la ciudad; esto viene ya de antiguo. Pero conforme avanza la tarde cambia de vida, organizándose disparatadas asambleas escolares en las que se mezcla la cerveza con una especie de guateque literario que se prolonga hasta primeras horas de la madrugada. Si ustedes pasan en una noche de frío invierno por delante del White Horse y abren la puerta recibirán una fuerte y densa vaharada de conversaciones y animación muy comfortable. Las idas y venidas constantes de personas a este bar mantiene nuestra calle

razonablemente poblada hasta las tres de la madrugada, garantizando siempre su seguridad. El único incidente que recuerdo en esta calle sucedió en las horas muertas, entre el cierre del bar y el amanecer. Un vecino nuestro que lo vio desde su ventana puso fin a la paliza; indudablemente, aquel vecino intervino porque inconscientemente tenía conciencia de ser parte de una red mantenedora de la ley y el orden en la calle.

Tengo un amigo que vive en una calle en la parte alta de la ciudad donde un centro parroquial comunal y para la juventud, con muchos bailes y otras actividades, realizan el mismo servicio en su calle que el bar White Horse en la nuestra. La ortodoxia urbanística está muy imbuida de concepciones puritanas y utópicas respecto a cómo ha de emplear la gente sus horas libres; en urbanismo, estos moralismos sobre la vida privada de las personas se confunden igualmente con otros conceptos relativos al funcionamiento teórico de las ciudades. Manteniendo la civilización en la vía pública, el bar White Horse y el centro juvenil parroquial, diferentes como son evidentemente, realizan indudablemente el mismo servicio público de civilizar la calle. En las ciudades no solamente hay sitio para este tipo de diferencias y muchas otras más a gusto de todos, en interés y aplicación; es que, además, las ciudades necesitan todas estas diferencias, por la sencilla razón de que hay personas inclinadas a un tipo de diversión o actividad y otras diversiones y actividades muy distintas. Para las ciudades, esas preferencias de los utópicos y otros esforzados administradores de los ocios de los demás no son únicamente irrevelantes, sino algo peor: perniciosas. Cuanto mayor y más abundante sea el conjunto de interesados legítimos (en el sentido estrictamente legal del término) que sean capaces de satisfacer las calles de una ciudad y los establecimientos o centros que en ellas están instalados, mejor para esas calles y para la seguridad y grado de civilización de la ciudad.

Es cierto que muchos bares y establecimientos comerciales gozan de mala fama en determinados distritos, precisamente porque atraen a muchos extraños, y estos no bastan en absoluto.

Esto es particularmente verdad en los desvaídos cinturones grises de las grandes capitales y en las zonas residenciales interiores en tiempos consistentes o, por lo menos, presentables. Generalmente se cree que estas vecindades son tan peligrosas a causa del insuficiente alumbrado de sus calles. Indudablemente, un buen alumbrado es importante, pero la oscuridad por sí sola no es lo que hace de todos estos barrios unos lugares grises, repulsivos y monótonos.

El valor de las luces en estas grises y desvaídas áreas proviene de la tranquilidad que procuran a algunas personas obligadas a caminar por las aceras o a las que les gustaría hacerlo, y no pueden por carecer precisamente de buen alumbrado. La iluminación induce a estas personas

a poner sus propios ojos a contribución para la mayor seguridad de la calle. Además, es obvio que una excelente iluminación aumenta las posibilidades de cada par de ojos, ya que su alcance es mayor. Cada par de ojos adicionales y cada incremento de su radio visual, es evidentemente algo muy positivo para estas tristes barriadas.

Ahora bien, si los ojos no están allí, y si no hay cerebros detrás de estos ojos que, aun inconscientemente, estén dispuestos a colaborar para el mantenimiento de la civilización y de la tranquilidad general en la calle, las luces, por muy buenas que sean, no serán en absoluto suficientes. Siempre es posible, y esto ha ocurrido más de una vez, que se cometan los más horribles crímenes en las estaciones muy bien iluminadas del metro cuando no hay ojos presentes. Casi nunca suceden cosas semejantes en los teatros, superpoblados y prácticamente a oscuras. Las luces de una calle pueden ser como la famosa piedra que cae en el desierto, donde no hay ninguna oreja que pueda oír. ¿Hace algún ruido esta piedra? ¿Alumbra alguna luz si no hay ojos para verla? Parece ser que no, al menos en la práctica.

Para explicar el trastornador efecto que produce la presencia de extraños en las calles de las áreas tristes y grises, me referiré en primer lugar, con una clara intención de analogía, a las peculiaridades de otro y muy significativo tipo de calle: los corredores de los inmuebles de viviendas, corredores típicos de la Ciudad Radiante y construidos a diversas alturas. En cierto sentido, los corredores y ascensores de estos inmuebles son también calles. Son calles empotradas en el firmamento a fin de eliminar las calles a nivel del suelo; su finalidad es dejar espacios libres y desiertos donde puedan instalarse parques y alamedas semejantes a la de Washington Houses (en la que robaron el árbol de Navidad).

Esos corredores son naturalmente partes interiores de los edificios, y también calles, en el sentido de que son lugar de paso obligado para los vecinos, la mayoría de los cuales no se conocen y tampoco saben quién es y quién no es vecino. Pero también son calles en el sentido de que son accesibles al público en general. Los proyectistas las diseñaron pensando que en las viviendas habrían de residir personas deseosas de habitar apartamentos-imitación para clases altas, pero sin dinero en efectivo suficiente para pagar apartamentos auténticos de clases altas, es decir, con porteros y ascensoristas. Cualquiera persona puede entrar en estos inmuebles sin que nadie le pregunte absolutamente nada, utilizar los accesos al ascensor y las aceras, es decir los corredores. Aunque, como digo, estas calles interiores son plenamente accesibles al público en general, están en cambio totalmente cerradas a la vista de algún público en particular, careciendo por consiguiente de los autocontroles e inhibiciones normales en las calles de la ciudad, supervisadas por ojos humanos.

Tengo entendido que las autoridades responsables de la vivienda en la Ciudad de Nueva York se hicieron cargo de que algo no funcionaba como era debido; yo creo, así mismo, que les preocupaba más los actos de vandalismo contra la propiedad perpetrados en estas calles ciegas que los perfectamente demostrados peligros para los seres humanos. Por esta razón, dichas autoridades experimentaron años atrás unos corredores abiertos a la eventual observación del público en unas viviendas que levantaron en Brooklyn y a las que llamaré Blenheim Houses, aunque no sea éste su nombre (no quiero añadirles más preocupaciones haciéndolo público).

Los edificios de Blenheim Houses tienen dieciséis pisos; estas alturas, por tanto, hacen posibles amplios espacios desérticos al nivel del suelo; en consecuencia, la observación o vigilancia de los corredores abiertos desde abajo o desde otros edificios, debe ser más psicológica que otra cosa; no obstante, el hecho de estar expuestos a una mirada psicológica ha de tener sin duda algún efecto. Lo importante y verdaderamente eficaz es que los corredores estaban diseñados para que la vigilancia u observación pudiera efectuarse desde el interior de cada edificio. También se contruyeron servicios para usos distintos a los de la simple circulación de personas: espacios para juegos generosamente amplios (más o menos como un porche estrecho) y a modo de pasillos. Estos servicios fueron realmente afortunados, puesto que los vecinos, considerándolos interesantes y bonitos, les añadieron una utilización suplementaria, con mucho la favorita: terrenos para picnic (y ello a pesar de las continuas quejas y amenazas de la administración, que no había proyectado los balcones-corredor para este uso). Recordemos ahora aquello de que el proyecto o plan ha de preverlo absolutamente todo y no introducir después cambios.

En definitiva, los vecinos están entusiasmados con sus balcones-corredor; resultado de una intensísima utilización, estos lugares están sometidos a una intensa vigilancia. No se ha dado ningún caso criminal ni de vandalismo en estos corredores particulares. Nadie ha robado ni siquiera una bombilla, aunque en este tipo de proyectos (con corredores ciegos y de similar tamaño) se presupuestan miles de recambios al mes para las instalaciones eléctricas exteriores (bombillas, focos, etc.)

Hasta aquí todo perfecto.

¡Sorprendente demostración de conexión directa entre observación y seguridad en una ciudad!

No obstante, Blenheim Houses tiene un espantoso problema de vandalismo y comportamiento escandaloso. Los bien alumbrados balcones son, como dice el administrador, «el espectáculo más brillante y atractivo que cabe ver»; estos balcones atraen a muchos extraños, especialmente adolescentes de todos los rincones de Brooklyn. Pero estos extraños atraídos en

principio por magnetismo de los corredores visibles por todo el mundo, no se detienen en ellos, sino que entran en las «calles» del edificio, aquéllas que carecen totalmente de vigilancia, incluyendo los ascensores y, lo que es más importante, las escaleras de incendios y sus salidas (o entradas) a la vecindad. La policía interior de las viviendas persigue arriba y abajo a los malhechores, que se comportan de una manera bárbara y viciosa en todo los tramos de corredores y escaleras de estos edificios de dieciséis pisos, sin que nadie en absoluto los pueda ver. Pocas veces son detenidos. Es muy fácil subir con el ascensor a un piso alto, entorpecer el cierre de la puerta para que no pueda bajar y después abalanzarse sobre las viviendas y cualquiera de sus moradores o sobre los transeúntes de estos corredores. El problema es tan grave y, al parecer, tan incontrolable que descompensa completamente las ventajas y seguridades de los balcones-corredor, al menos en opinión del alarmado administrador.

Lo que sucede en Blenheim Houses es poco más o menos lo mismo que en las áreas frustradas y grises de las capitales. Las calles con algo de animación y vida de estas áreas son lastimosamente pocas y muy pequeñas; se parece mucho a los corredores visibles de Blenheim Houses. Atraen a los extraños. Así mismo, las calles medio ciegas, desiertas, tristes y mortecinas que las rodean son como las escaleras de incendios de Blenheim Houses. No están equipadas para habérselas con extraños; por ello, su presencia es una constante y automática amenaza.

En estos casos se siente en seguida la tentación de echar la culpa a los balcones (o los comercios y bares) que actúan como agente magnético. Este proceso mental es muy característico; por ejemplo, veamos lo que ocurre con el proyecto de reordenación de Hyde Park-Kenwood, actualmente en período de realización en la universidad de Chicago. Esta porción de «área gris» próxima a la Universidad de Chicago contiene muchas y espléndidas casas y terrenos de recreo; durante más de treinta años ha sufrido una verdadera plaga de crímenes en sus calles; por si fuera poco, la zona ha venido decayendo físicamente a ojos vistas en los últimos años.

La «causa de la decadencia de Hyde Park-Kenwood ha sido brillantemente identificada: decaimiento». Los autores del hallazgo son los herederos (urbanistas) de los doctores sanguijuelistas. Por «decaimiento» entienden el fenómeno de abandono de muchos profesores y otras familias de clase media, fugitivos de la tristeza y peligros de distrito; las viviendas de éstos eran inmediatamente ocupadas por personas con menos posibilidades sociales y económicas para escoger o seleccionar su vivienda y el emplazamiento de ésta. El Plan a que hemos hecho antes referencia tiene por objeto derribar el barrio antiguo y substituirlo por brillantes ejemplares de Ciudad Jardín Radiante, proyectados, como de costumbre, para menguar el uso de las calles. El plan añade también varios espacios vacíos espárcidos aquí y allá, hace aún más confusa la

distinción, ya precaria, entre espacios públicos y privados dentro del distrito y, finalmente, le amputa sus establecimientos comerciales, que ya de por sí andaban bastante alicaídos. Los proyectos iniciales de reordenación incluían un supermercado a imitación de los residenciales, de dimensiones relativamente grandes. No obstante, al pensar en estos últimos los diseñadores repararon tímidamente en las realidades, y éstas les produjeron un escalofrío de aprensión que provocaron algunas modificaciones en el proceso de urbanización en curso. Un centro comercial grande, más grande de lo preciso para atender las necesidades normales de los residentes en el distrito reordenado, «podía atraer al área a demasiadas personas extrañas» (esto es lo que dijo uno de los arquitectos urbanistas). Por esta razón, se empezó a construir un centro comercial pequeño.

Pero que sea grande o pequeño es lo de menos.

Es lo de menos porque Hyde Park-Kenwood, al igual que todos los distritos de una ciudad cualquiera, está rodeado en la vida real por «personas extrañas». La zona que nos ocupa está empotrada en pleno Chicago. No puede modificar, aunque lo desee, su localización. No puede volver a ser lo que fue en un tiempo, que queda ya muy atrás, es decir, un semi-arrabal. Urbanizar como si lo fuera y eludir sus inadecuaciones funcionales sólo puede producir dos resultados.

En primer lugar, puede ocurrir que las personas extrañas o desconocidas sigan entrando en esa área cuando les parezca; en este caso, entre los desconocidos habrá algunos poco recomendables. En lo concerniente a la seguridad, nada habrá cambiado salvo que serán mayores, si cabe las posibilidades de nuevos crímenes en la calle, puesto que habrá más espacios vacíos. En segundo lugar, es posible que el proyecto prevea la adopción de medios extraordinarios y firmes para mantener alejados del distrito a todos los desconocidos, como ha hecho la contigua Universidad de Chicago (la inspirada institución que aplicó por primera vez estas técnicas); en efecto, según informó la prensa, las autoridades universitarias sueltan por la noche perros policía que patrullan constantemente los terrenos universitarios y se lanzan al pescuezo de todo ser humano lo suficientemente audaz como para aventurarse por esta jungla.

Las barreras que forman los nuevos grupos de viviendas en los límites de Hyde Park-Kenwood, aún más extraordinariamente vigilado que la Universidad, pueden conseguir sin duda mantener a todo desconocido alejado del lugar con suficiente eficacia. En este supuesto, será al precio de la total hostilidad del resto de la ciudad y de la aparición entre los moradores del mismo de un denso complejo de defensores de un fortín. ¿Quién puede asegurar, en fin, que los miles de personas que viven dentro del fuerte son todos ellos dignos de confianza en la oscuridad?

No quiero tampoco ahora singularizar una zona concreta ni, en este caso, un proyecto determinado como especímenes máximos de perversión. Hyde Park-Kenwood es un caso significativo principalmente porque el diagnóstico y los correctivos que ha arbitrado son perfectamente típicos - aunque ligeramente más ambiciosos - y representativos de todos los otros planes experimentales de reordenación urbanística de áreas decaídas, menguadas y venidas a menos en todo el país. Se trata en todos estos casos de verdadero Urbanismo, con todas las pólizas y sellos requeridos por la ortodoxia urbanística, y no de una aberración nacional.

Vamos a suponer ahora que seguimos construyendo y reconstruyendo deliberadamente ciudades inseguras. ¿Cómo podremos vivir en medio de esta inseguridad? Por las pruebas que he podido reunir, parece que hay tres maneras de salir adelante; es posible que con el tiempo se inventen otras, pero creo que serán simples desarrollos ulteriores de esas tres, si es que la palabra desarrollo puede caber a estas alturas.

La primera manera es dejar que el peligro campe por sus respetos según esto, los desgraciados que lo sufren que paguen las consecuencias. Esta es la política que se sigue ahora con los grupos de viviendas de renta baja y con muchos otros de renta media.

La segunda manera es refugiarse en los vehículos; esta técnica se practica en las selvas africanas de grandes animales salvajes, donde se advierte a los turistas que no abandonen sus automóviles bajo ninguna circunstancia hasta que lleguen a un refugio. Igualmente, es la técnica que se practica en Los Ángeles. Los sorprendidos visitantes de esta ciudad cuentan y no acaban de cómo la policía de Beverly Hills les ha detenido, interrogado, obligado a demostrar las razones que tienen para ir a pie, y, finalmente, advertido del peligro. Esta técnica de seguridad pública parece que no tiene demasiada eficacia ni siquiera en Los Angeles, como demuestran sus índices de criminalidad, pero mientras tanto dicen que sirve. Suponemos a donde subirían las cifras de criminalidad si en la gran reserva ciega de Los Angeles viviese más gente carente de conchas de metal.

En muchos otros lugares peligrosos de otras ciudades, los particulares usan a menudo, también, el automóvil como protección, o al menos lo intentan. Leamos una carta dirigida al director del «New York Post »:

«Vivo en una calle oscura al final de Utica Avenue en Brooklyn y, por esta razón, he decidido tomar un taxi para ir a mi casa aún cuando no sea demasiado tarde. Un taxista me preguntó en cierta ocasión qué iba hacer yo al final de Utica, explicándome que él no quería

bajar por una calle tan oscura. Pues, vaya. Si yo hubiera querido ir andando no le habría llamado.»

La tercera manera, ya sugerida cuando hablé de Hyde ParkKenwood, la desarrollaron las pandillas de matones, y posteriormente la han adoptado los promotores de la reordenación urbana. Esta técnica consiste en cultivar la institución del *Turf*.*

Bajo el sistema del *Turf*, en su forma histórica, una banda se apropia de unas determinadas calles, grupos de viviendas o parques (y a menudo de las tres cosas a la vez). Los miembros de otras bandas no pueden entrar en este *Turf* sin permiso de la banda propietaria, y si lo hacen se exponen a ser apaleados o expulsados. En 1956 el Tribunal de Menores de la ciudad de Nueva York, desesperado ante la guerra de bandas en curso, obtuvo gracias a la intervención de su propia banda de trabajadores sociales jóvenes una serie de treguas entre los contendientes; estas treguas estipulaban, entre otras provisiones, el reconocimiento mutuo de los respectivos *turfs* y el acuerdo de no traspasarlos.

El jefe de la policía urbana, Stephen P. Kennedy, manifestó después que los del Tribunal de Menores se habían sobrepasado. La policía, explicó el funcionario, desea proteger el derecho de toda persona a caminar por cualquier parte de la ciudad con seguridad e impunidad, y que esto fuera considerado como un derecho básico. Añadió que los acuerdos sobre el *Turf* subvertían intolerablemente los derechos públicos y la seguridad pública.

A mi juicio, el señor Kennedy tenía mucha razón. No obstante, debemos reflexionar sobre el problema con que se enfrenta el Tribunal de Menores. En primer lugar, reconozcamos que era un problema real; los agentes de Menores hacían todo lo que podían, claro está con medios muy empíricos. La seguridad de la ciudad, de la que depende en última instancia el respeto a los derechos públicos y la posibilidad de moverse con cierta libertad, era inexistente en las calles, parques y grupos de viviendas dominados por esas bandas. En estas circunstancias, la libertad urbana que postulaba el jefe de Policía era más bien un ideal académico. Consideremos ahora los proyectos de reordenación urbana, que se orientan a la construcción de viviendas de renta media y alta; estos inmuebles se levantan en solares ocupados antes por muchas manzanas de casas y disponen sus propios terrenos y sus propias calles, formando el conjunto «islas dentro de la ciudad», «ciudades dentro de la ciudad» y «nuevas teorías sobre la vida urbana», como dicen los anuncios publicitarios. Es la misma técnica que utilizaban las bandas en sus *Turfs* o feudos auténticos valladares para otras bandas. Al principio, las vallas (o empalizadas) no eran nunca

* *Turf*, en principio significa césped, y también terreno donde se efectúan las carreras de caballos. El sentido que en este caso le da el autor viene suficientemente explicado a continuación. (*Nota del Traductor.*)

visibles. Los guardias de patrulla se bastaban y sobaban para garantizar la línea. Pero en los últimos años estas vallas han pasado a ser algo absolutamente real, físicamente hablando.

Posiblemente, la primera fue la alta cerca en forma de espiral en torno a un grupo de viviendas del tipo Ciudad Jardín Radiante contiguas al Johns Hopkins Hospital de Baltimore (las grandes instituciones educacionales parecen tener una muy deplorable capacidad inventiva en relación con los mecanismos del *Turf*). En caso de que alguien equivoque el significado de la valla hay unos grandes carteles a la entrada que dicen «Quédese fuera. No entre. » Es algo pavoroso ver la vecindad de una ciudad civilizada amurallada de esta manera. No solo parece feo en su sentido más profundo, sino hasta surrealista. Nos imaginamos como deben sentirse los vecinos, a pesar del mensaje que, a modo de antídoto, publicó el boletín de la Comisión de Vecinos a propósito del proyecto de construcción de una iglesia: «El amor cristiano es el mejor tónico.»

Nueva York se ha apresurado rápidamente a seguir la lección de Baltimore, a su manera por supuesto. Porque, efectivamente, comprobamos que Nueva York, con sus Amalgamated Houses situadas en el Lower East Side, ha ido mucho más lejos todavía. En la parte extrema Norte del paseo central que a modo de parque atraviesa la nueva urbanización, se ha instalado una gran puerta con barras de hierro cerrada a cal y canto permanentemente coronada, no con las normales rejas puntiagudas, sino con alambradas. ¿Queda incontaminado empero este artillado paseo de la vieja y depravada Megalopolis? En absoluto. Contiguo al mismo, hay un parque de recreo público y, algo más allá, unas viviendas para clases sociales de diferentes rentas.

En «una ciudad reconstruida» hacen falta montones de vallas para conseguir una vecindad armónica. Las «junturas» o costuras entre dos poblaciones de, diferentes niveles de renta constituyen un tejido realmente primoroso, como ocurre en el ya citado Lower East Side, entre: la cooperativa de renta media Corlears Hook y las Vladeck Houses, de alquiler bajo. Corlears Hook defiende *su Turf* contra los eventuales ataques de los vecinos de al lado mediante un vasto espacio destinado a aparcamiento a todo lo ancho de la juntura del superbloque, después con un alto seto y una valla en forma de espiral de seis pies de alto y luego una tierra de nadie completamente cercada de unos treinta pies de ancho consistente principalmente en un amasijo de papeles sucios y que es concienzudamente inaccesible a cualquier otro objeto, que no, ya, persona. Justamente ahí comienza el Vladeck *Turf*.

De manera similar, en la parte alta de West Side, un empleado del Park West Village. «Un mundo para usted en el corazón de Nueva York», a quien logré ver presentándose como posible vecina, me dijo para tranquilizarme: «Señora, tan pronto quede terminado el supermercado, todos los terrenos quedarán vallados.»

«¿Vallas en espiral?»

«Exacto, señora. Y hasta es posible - señaló con la mano la ciudad que rodeaba sus dominios - que todo eso desaparezca. Esa gente se marchará. Somos los pioneros aquí.»

Supongo que debe ser como la vida de los pioneros en una ciudad rodeada de una empalizada, salvo que los pioneros trabajaban para mayor seguridad y prosperidad de su civilización, no para su liquidación.

Algunos miembros de las bandas de los nuevos *Turfs* encuentran esta vida un tanto dura. Esto es lo que pensaba un lector del «New York Post», según deducimos de la carta que escribió al director de dicho periódico en 1959:

«Hace unos días, y por primera vez, mi orgullo de vecino de Stuyvesant Town y de la Ciudad de Nueva York se trancó en indignación y vergüenza. Pude ver a dos muchachos de unos doce años sentados en un banco de Stuyvesant Town. Estaban enfrascados en una conversación muy animada, con buenas maneras y tranquilos; hablaban en portorriqueño. De repente, vi como se aproximaban dos guardias, uno por el Norte y otro por el Sur. Uno de ellos llamó la atención del otro señalándole los dos chicos. El otro guardia se acercó hasta donde estaban los portorriqueños y después de un cambio de palabras, expresadas tranquilamente por ambas partes, los muchachos se levantaron y se fueron, aparentando indiferencia... ¿Cómo vamos a pedir a la gente que tenga dignidad y se respete a sí misma si nosotros le arrancamos estas virtudes aún antes de que alcancen la edad adulta? Realmente, debemos ser muy pobres los de Stuyvesant y también los de Nueva York cuando no podemos compartir un banco con dos muchachos.»

La Sección Cartas al Director titulaba la carta de esta manera: «Quédese en su *Turf*».

En conjunto, sin embargo, parece que la gente se ha acostumbrado rápidamente a vivir en un *Turf* con vallas y empalizadas, materiales o inmateriales; hay muchos que empiezan a preguntarse cómo habían podido sobrevivir anteriormente sin ellas. El «New Yorker» describió este fenómeno antes, incluso, de que aparecieran los *Turfs* en la ciudad, refiriéndose, no a una «capital» vallada sino a una «ciudad» (de provincias) vallada. Según parece, cuando Oak Ridge, Tennessee, fue desmilitarizada al término de la guerra, muchos vecinos se echaron a temblar ante la perspectiva de que desapareciera la empalizada levantada por motivos defensivos a causa de la guerra; hubo protestas, mítines y gran agitación. Todos los habitantes de Oak Ridge habían venido, pocos años atrás, de ciudades o capitales sin empalizadas, pero aquella vida «cerrada» se había convertido para ellos en una cosa normal, y al enterarse de que se iban a quedar sin empalizada empezaron a temer por su seguridad.

De igual manera, un sobrino mío de diez años de edad, David, que ha nacido y crecido en Stuyvesant Town, «Una ciudad dentro de una Ciudad», comenta maravillado de que nadie en absoluto pueda caminar por la calle donde está su casa. «¿Nadie puede andar por aquí si no paga alquiler en esta calle?», pregunta. «¿Quién los echa afuera si no son de este sitio?»

La técnica de dividir la ciudad en Turfs no es un expediente practicado sólo por la Ciudad de Nueva York para solucionar sus problemas particulares. Es una solución general y practicada en gran escala y cuyo objetivo final es la Ciudad Americana Reconstruida. En la Conferencia sobre Diseños y Proyectos de Harvard celebrada en 1959, uno de los conceptos más manejados por los arquitectos proyectistas resultó ser el llamado enigma del *Turf*, aunque ellos no emplearon esta expresión. Y miren ustedes por donde resultó también que los ejemplos sacados a colación fueron la urbanización de renta media de Lake Meadows, de Chicago, y la renta alta de Lafayette Park, de Detroit. ¿Qué hacer? ¿Mantener el resto de la ciudad al margen de los límites ciegos de semejantes fortalezas? Trabajo difícil, y desagradable. ¿Invitar a toda la ciudad a ingresar en ella? Cuán difícil, por no decir imposible.

Al igual que los trabajadores sociales al servicio del Tribunal de Menores, los promotores y vecinos de las Ciudades Radiante, Jardín Radiante, Jardín y Bella se enfrentan con auténticas dificultades y han de superarlas como mejor saben y con los medios empíricos de que disponen. Tienen pocas opciones donde escoger. Siempre que se plantea el problema de reconstruir una ciudad surge la teoría bárbara del *Turf*; la ciudad reconstruida ha hecho trizas una función básica de las calles de una ciudad y, al hacerlo, ha liquidado necesariamente su libertad.

Bajo el aparente desorden de la vieja ciudad siempre y cuando hablemos de una ciudad o capital vieja afortunadas en la solución de sus problemas urbanos, circula un orden maravilloso que conserva la seguridad en las calles y la libertad de la ciudad. Su elemento básico es la forma en que sus moradores utilizan las aceras, es decir, constantemente, multitudinariamente, única manera de que siempre haya muchos pares de ojos presentes, aunque no siempre sean los mismos necesariamente. Este orden se compone de movimiento y cambio; y aunque estamos hablando de vida, y no de arte, podemos quizá, un poco caprichosamente, hablar del arte de formar una ciudad y compararlo con la danza. Pero, no una danza de precisión y uniforme en la que todo el mundo levanta la pierna al mismo tiempo, gire al unísono y haga la reverencia *en masa*, sino a la manera de un enredado ballet en el cual cada uno de los bailarines y los conjuntos manifiestan claramente sus elementos distintivos, que, como milagrosamente, se dan vigor y densidad mutuamente, componiendo entre todos un conjunto armónico y ordenado. El ballet de las aceras de una ciudad nunca se repite a sí mismo en ningún lugar, es decir, no repite la

representación como en una gira; incluso en un mismo y único lugar, la representación está llena de improvisaciones.

El tramo de Hudson Street donde yo vivo es diariamente escenario del ballet de las aceras más inextricable. Yo hago mi personal entrada en el mismo un poco después de las ocho, cuando saco el cubo de la basura aseguro que me divierto lo mío, bailo la parte que me toca en la representación general, como hacen también los estudiantes de los primeros cursos del instituto caminando en bandadas por el centro del tablado tirando los envoltorios de los dulces al suelo. (¿Cómo es posible que sean capaces de comer tantos dulces a estas horas de la mañana?)

Mientras barro los envoltorios que han dejado tras de sí los mozalbetes, observo las restantes ceremonias rituales de por la mañana: el Sr. Halpert desatando del enganche que tiene en la puerta del sótano un carrito de mano para la ropa; el yerno de Joe Cornacchia apilando las canastas vacías de dulces y golosinas; el barbero sacando a la acera su silla plegable, el Sr. Goldstein colocando los rollos de alambre y dando a entender que su ferretería está abierta; la esposa del encargado del inmueble dejando a la entrada de su casa su pequeño de tres años, que por cierto está rechoncho, con una mandolina de juguete (esto tiene la suplementaria ventaja de que el crío oye a todas horas inglés, que su madre no sabe todavía hablar). A continuación entran en escena los niños de la escuela primaria, camino unos de la calle St. Luke, Sur, o hacia St. Verónica, Oeste, otros de paso para P. S. 41, al Este. Por los laterales aparecen nuevos personajes: mujeres bien vestidas, algunas hasta elegantes, y hombres con carteras de mano que salen de sus respectivos portales o de las bocacalles laterales. Casi todos ellos van a coger el autobús o el metro, pero algunos que han aparecido milagrosamente, en el momento oportuno (los taxis intervienen ampliamente en las ceremonias rituales de la mañana: traen al distrito comercial y financiero del centro de la ciudad vecinos de las afueras y a estas horas llevan vecinos del centro hacia las afueras). Simultáneamente, numerosas mujeres con vestidos de casa acaban de salir de sus viviendas y al cruzarse hacen una pequeña pausa para charlar un momento, a grandes y alegres voces o con mutua indignación, nunca en tonos medios.

Es justamente el momento en que yo salgo para ir al trabajo también intercambio los saludos de rigor con el Sr. Lofaro, el bajito y rechoncho frutero que siempre lleva un delantal blanco, plantado a la puerta de su tienda un poco más arriba, con los brazos cruzados y un aspecto sólido como una roca. Intercambiamos, como digo, una inclinación de cabeza; los dos miramos calle arriba y calle abajo, nos volvemos a mirar y sonreímos. Hemos venido haciendo lo mismo muchas mañanas durante más de diez años y ambos sabemos lo que significa: todo está en orden.

Rara vez veo la parte del ballet de mediodía, porque muchos de sus actores, como yo, trabajamos en otros lugares representando papeles de desconocidos en otras aceras. Pero, con el

tiempo, he aprendido del mismo lo suficiente como para saber que a esas horas la danza se hace cada vez más compleja. Por ejemplo, los estivadores que no trabajan ese día se reúnen en el White Horse, en el Ideal o en el Internacional, beben cerveza y charlan. Los ejecutivos y otros empleados de las industrias instaladas en la parte Oeste se abalanzan sobre el restaurante Dorgene y la cafetería Lion's Head; los empleados del mercado de carne y los técnicos de telégrafos y teléfonos llenan por completo el comedor que ha instalado por aquí una panadería. Y siguen apareciendo otros personajes del ballet, extravagantes ancianos con cordones de zapato en los hombros, motoristas con grandes barbas y muchachas que brincan del asiento de atrás, con sus largas cabelleras por delante de la cara, o por detrás, que de todo hay, borrachos que siguen religiosamente los consejos de la Sociedad protectora de animales, por lo cual no comen, sino que beben. El Sr. Lacey, el zapatero, echa el cierre de su tienda por un rato y se va a cambiar impresiones sobre el tiempo con el Sr. Slube, en el estando. El Sr. Koochagian, el sastre, riega a esas horas la exuberante jungla de plantas de su ventana, les echa una ojeada crítica desde la calle, acepta los cumplidos que le regalan los transeúntes a propósito de las mismas, acaricia las hojas del árbol que hay frente a nuestra casa como si tasara su valor, y cruza la calle en dirección al Ideal, donde toma un bocado mientras vigila la arribada de posibles clientes (en caso afirmativo, les indica con gestos que esperen, que ya va). Salen entonces los cochecitos de los niños; toda una caterva de personajillos, desde chiquitajos lactantes con sus muñecos hasta adolescentes con sus deberes se reúne entonces a la entrada de las casas.

Cuando vuelvo a casa después de .trabajar, el ballet va *in crescendo*. Es la hora de los patinadores, los zancos y triciclos, de toda clase de juegos en los pequeños prados o patios frente a la entrada de las casas, peonzas, cowboys de plástico, etc. Es la hora de los paquetes, los envoltorios de todas clases, de las idas y venidas de la droguería a la frutería, pasando rápidamente por la carnicería; es la hora en que los adolescentes, vestidos de punta en blanco, preguntan si el cuello está bien puesto o qué tal queda la chaqueta o el jersey; es la hora en que salen las chicas guapas del dominio de la madre; es la hora en que pasan los bomberos ¡ah! se me olvidaba decirles que a esta hora pueden ustedes encontrar por la calle a todos los vecinos.

Cuando oscurece y el Sr. Halpert ata de nuevo su carrito a la argolla da la puerta, el ballet prosigue bajo la luz de los focos, arremolinándose o dispersándose, pero cada vez con mayor densidad de personajes en la escena, iluminada por los focos del quiosco de pizza de Joe, los bares, la tienda de golosinas, el restaurante y la droguería. Los trabajadores de turnos de noche se detienen un momento en la confitería para comprar salami y una botella de leche y su ballet no han terminado, aún, su función.

Conozco el ballet cuando es noche cerrada, y sus partes porque a veces me despierto mucho después de media noche para atender y velar a alguno de mis hijos, me siento en la oscuridad y contemplo las sombras y escucho los ruidos de la acera. Las más de las veces los sonidos son un murmullo o retazos de conversación; sobre las tres de la mañana alguien canta a veces, y muy bien por cierto. Algunas veces se oyen barbaridades, palabras brutales, y rabiosas o tristes lamentaciones, lágrimas también o alguien buscando las cuentas de un collar roto. Cierta noche un hombre se puso a gritar desaforadamente, denostando terriblemente contra dos muchachas que al parecer había recogido y le disgustaban. Se abrieron varias puertas, se formó a su alrededor un semicírculo atento, no demasiado cerrado, hasta que vino la policía. Muchas cabezas asomaron a las ventanas de Hudson Street, confiándose opiniones: «Borracho..., desequilibrado... Algún mal sujeto de los barrios residenciales de las afueras.»*

Es imposible decir cuanta gente anda por la calle a altas horas de la madrugada, a menos que algo concreto los congregate, como por ejemplo la gaita. Sí, sí, la gaita. No tengo la menor idea de quién era el gaitero ni por qué escogió nuestra calle. Lo cierto es que una noche de febrero se empezó a oír una gaita, y, como si fuera una señal, los diversos seres que poblaban la calle comenzaron a moverse hacia donde sonaba la música. Al poco, casi sin que nos diéramos cuenta, apaciblemente, casi mágicamente, se congregó allí una pequeña multitud, una multitud que se desplegó en círculo para dejar sitio a unas cuantas personas que habían empezado a bailar un *fling*** de las montañas de Escocia. El grupo que era perfectamente visible en la penumbra de la acera, los bailarines también, pero al gaitero casi ni se le notaba y todo su genio parecía residir en su música. Era un hombrecillo con un abrigo oscuro muy modesto. Cuando acabó de tocar y desapareció, los bailarines y espectadores aplaudieron; también hubo aplausos en los palcos, unas cincuenta ventanas de Hudson Street. Luego, las ventanas se cerraron y el pequeño grupo de la calle se disolvió en la noche evolucionando en una serie de movimientos inextricables.

Los desconocidos y extraños de Hudson Street, esos aliados cuyos ojos nos ayudan, a los nativos, a mantener la paz en la calle, son tantos que parece como si nunca fueran los mismos. Pero, esto no importa. Tampoco sé positivamente si son siempre personas diferentes, como así me lo parece. Lo cierto es que «están». Cuando Jimmy Rogan tuvo la desgracia de caer desde una ventana (intentaba separar a unos amigos que estaban riñendo) a la calle, un desconocido vistiendo una camiseta de manga corta salió del bar Ideal y le aplicó con habilidad y delicadeza un torniquete en el brazo lastimado; según los médicos del hospital, esto salvo la vida de Jimmy.

* En efecto, resultó ser un mal sujeto de los barrios residenciales de las afueras. Loe de Hudson Street estamos tentados a veces de creer que los ensanches residenciales han de ser un lugar difícil para educar a los niños.

** Baile rápido escocés.

Nadie había visto a aquel hombre antes, ni nadie lo volvió a ver después. ¿Cómo se avisó al hospital? Una mujer sentada en las escaleras próximas al accidente echó a correr hacia la parada del autobús y, sin decir una palabra, se precipitó sobre un señor que esperaba allí con sus quince centavos preparados para pagar su billete y le arrebató el *dime* (moneda de diez centavos); después echó a correr hacia la cabina telefónica; el señor salió tras ella para ofrecerle también el *nickel* (moneda de cinco centavos). Nadie le conocía de antes; tampoco se le ha visto después por allí. Cuando alguien ve un desconocido más de tres veces empieza a saludarle con la cabeza. Es casi como si se hubiera establecido con él una relación, una relación pública por supuesto.

En Hudson Street, lo mismo que en el North End de Boston o en cualquier otra animada vecindad de una gran capital, ninguno de los vecinos somos más competentes por nacimiento para conservar la seguridad en nuestras aceras que todas esas personas que intentan sobrevivir en medio de las hostiles treguas *inter-Turf* propias de las ciudades, barriadas y calles ciegas. Somos los afortunados propietarios de un orden urbano que nos hace relativamente fácil mantener la paz, porque tenemos a nuestra disposición una gran abundancia de ojos en la calle. Pero esto no quiere decir que el orden como tal sea algo simple; sus elementos o componentes son complejÍsimos. De una u otra manera, la mayoría de esos componentes son elementos especializados en uno u otro cometido. Presentan una unidad sintética cuyo efecto es el orden y la animación de las aceras a un tiempo, un orden que es absolutamente general y global, no especializado. En esto reside su fuerza.